



MIRTOS."

POESIAS POR ENRIQUE FERNANDEZ GRANADOS.

Coqueto como un ramito que en la mañana azul de alegre día de fiesta envía el novio á la novia, es el tomo de versos que con el título de «Mirtos» acaba de publicar D. Enrique Fernández Granados. Parece, en verdad, un breve ramo de mirtos atado con listón color de rosa. Linda es la edición hecha en la casa de Escalante, y en la cincuenta y una páginas del brevísimo volumen, aparecen los versos entre franjas rojas, como en el cuadro de una ventana orlada de clavellinas. Precioso es el *porta-bouquet* y mucho más bellas son las flores.

El Sr. Fernández Granados es muy joven. ¡Porque no amanece en su poesía, tienen los versos que hace tantas y tan brillantes perlas de rocío! Están frescas sus composiciones; llevan el pelo suelto; son muchachas hermosas que regresan cantando del baño matinal. Todavía para ellas, el amor consiste en dar un beso.

¿Queréis imaginaros las inspiraciones de este poeta? Figuráos muchas mariposas. La musa de Fernández Granados es verdaderamente un chupamirto.

Para aligerar su vuelo, huye del consonante, huye del endecasílabo, y está más á su gusto en esas breves y flexibles anacreónticas, en las que semeja el pensamiento algo muy sutil, aéreo casi, algo como una abeja que liba el jugo de las flores, sin posarse en ellas ni doblar sus pétalos. ¡Zumba, vuela y huye, estremeciéndose con la embriaguez deliciosa de la miel!

La poesía del autor de «Mirtos,» no es, en rigor, una poesía pro-

pia, nacida en el alma; tampoco me resigno á llamarla poesía arcáica, porque este vocablo trae aparejada cierta idea de vetustez, y los versos á que me refiero son muy juveniles: la llamaré mejor poesía libada. Es un néctar bebido en flores jonias.

En el grupo á que Fernández Granados pertenece, en el grupo del «Liceo Mexicano,» hay un poeta que será un poeta viril: José M. Bustillos. Ya á éste le ha dolido la vida. En algunos de sus versos hay tantas lágrimas como gotas de rocío en los de Fernández Granados. Pero no quiero hablar de él tan de pasada: deseo hablar largamente de esa bella esperanza de las letras y de todo ese «Liceo,» de esa capillita simpática de los *primeros comulgantes* de la literatura — si se me permite el galicismo, — que van todavía con la cinta de raso blanco atada al brazo, y que sin orgullo, sin jactancia, oyendo con buena voluntad las advertencias y consejos de sus hermanos mayores, caminan bulliciosos y risueños, como los arroyuelos van al mar. De tiempo atrás tienen establecido un periódico más literario, más cuidado, más importante y *representativo*, á pesar de su pequeñez, que otras presuntuosas publicaciones pseudoliterarias. Estudian, trabajan, crecen. . . . ¡Descuidad — les digo yo, — esa pequeña capilla será un templo!

Ya han producido trabajos tan sesudos, tan eruditos y discretos como los de González Obregón; ensayos críticos y biográficos, tan felices como los de Antonio de la Peña y Reyes, buen hablista y buen caballero por herencia; versos tan lindos como los de Fernández Granados, y poesías tan poesías como las de Bustillos. Cito sólo estos nombres porque voy de paso; pero ya me referiré á otros poetas y escritores de costumbres, y á novelistas y á bibliófilos de ese joven Liceo. No son ellos de esos muchachos á quienes embriaga y hace dar traspies el primer aplauso; no despunta en su espíritu la envidia, ni buscan ávidos las ocasiones de lucir sus talentos, ni solicitan que la prensa dé un redoble en su tambor para anunciarlos, ni juegan á grandes hombres. Ya lo dije antes: estudian, trabajan, crecen, y su pequeña capilla será un templo!

A esa modesta inteligencia y laboriosa juventud pertenece el Sr. Fernández Granados. El libro que acaba de publicar revela que posee el autor raras y envidiables condiciones de artista. Es una cesta de mimbre, tejida primorosamente y llena de fragantes botones. Mañana, el Sr. Fernández Granados nos traerá, en canastillo, rosas hermosísimas.

Por supuesto, sus poesías son eróticas ¡Pobre de aquél á quien el amor no inspire á los veinte años! Pero el amor que canta Fernández Granados no es el amor sediento, enfermo, de muchos poetas modernos. Es el amor que se parece al placer; el deseo que se ha detenido en una mujer, cual la mariposa en una flor y que agita sus alas como diciendo: ya volveré á otra!

Oíd una de las más delicadas composiciones que el librito encierra:

EL VINO DE LESBOS.

Si queréis de mi liria
Oír los sonos,
Dadme vino de Lesbos
Que huele á flores.
Y si queréis que dulces
Amores cante,
Venga Lelia á mi lado
Y el vino escancie;
Pero no en cinceladas
Corintias copas,
Porque el vino de Lesbos
Se liba en rosas.
El amor nos lo brinda
Y el que lo bebe,
Arder en sacro fuego
Feliz se siente.
¡Es dulce como el néctar
Que en los festines
De olimpo, Ganimedes
Alegre sirve!
¡Que venga Lelia hermosa
Y sus hechizos
Celebraré en mis cantos
Bebiendo vino!
Veréis cómo la niña,
Si oye mis coplas,
Me da el vino de Lesbos,
Pero en su boca
¡Porque el vino de Lesbos
Se liba en rosas!

BIBLIOTECA PARTICULAR
DE LA

Srita. Felicitas Lozano

PROFESORA DE CA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEOA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Vado. 1625 MONTERREY, MEXICO

Estos versos están elegantemente cincelados, como el asa de una ánfora de plata en la que el buril hubiera labrado hojas de vid y pámpanos enredados á los cuerpos de amores juguetones. Trascien-

den á flores Anacreón, ha de ser el poeta predilecto de Fernández Granados.

Hoy por hoy me agrada y satisface que el autor de *Mirtos* rinda ese culto fervoroso al cisne de Teos, al «Cupido de Parnaso,» á aquél cuyo estilo sintetiza Horacio en esta frase gráfica: *non elaboratum ad pedem*. Ya con la intelección de la belleza que Fernández Granados posee, seguirá más tarde á los poetas mayores. «A la poesía de Anacreón — como dice Müller en su *Historia de la Literatura Griega*, — puede aplicarse con exactitud el juicio de Aristóteles sobre la escuela jonia de pintura representada por Zenís: á pesar de la elegancia del dibujo y del hechizo del colorido, falta en ella el carácter moral.» En la poesía de Anacreón, todo es aleteo, todo es perfume, todo es murmurio, todo es sabor dulce; por eso *Ticker* en su *Historia de la Literatura Clásica* la compara á brillante mariposa, cuyos colores puede marchitar el contacto de la mano más suave; y Monfalcón percibe en ella el aroma de la rosa; y Escalígero, la dulzura del panal, y Víctor Hugo el murmurio de la fuente que brota en la montaña. Los poetas eólicos, sus predecesores, eran más profundos y sentían mejor que Anacreón. ¿Amaba éste en realidad? Basta leer la alegoría titulada *La Yegua de Trácia*, para convencerse de que no sabía lo que es amor. Ni por la joven Lesbense de que habla Camaleón de Heráclea, ni por la rubia Eurípele, siente el poeta una pasión verdadera. Se posa en ellas — ya lo he dicho, — como una abeja en una flor. ¿Cómo ha de saber de amor quien comparando á cierta esquivia con una yegua, le dice:

¿Por qué yegüita trácia
Me miras de soslayo
Y huyes y te imaginas
Quizás que no cabálgo?

Pues guarda no te enfrene
Y te haga, rienda en mano,
En rededor del circo
Trazar mil giros rápidos.

Ahora brincas y paces
Retozona en los prados,
A falta de un ginete
Que te refrene sabio.

Esto se explica por la condición de las mujeres á quienes cantaba Anacreón. Dice Müller: «Las jóvenes con las cuales quiere bailar

y jugar Anacreón, ofreciéndoles, después de cena succulenta, una canción acompañada de péctide, son hetairas ó cortesanas, como las beldades cantadas por Horacio.»

Inútilmente buscaréis en ese poeta uno de esos gritos de pasión humana que brotan de la lira de Saffo. Anacreón no amó. Él canta lo agradable, lo dulce, lo bien oliente, lo bello.

«Su poesía — dice con mucho acierto D. Federico Baráibar, — no va nunca más allá de la superficie.»

Celebra los encantos del vino; pero tampoco sospechéis por eso, que es un ebrio. Ateneo lo dijo: «Siendo sobrio y bueno, se finge beodo al escribir.» Cuando Anacreón dice: — estoy borracho, — me parece oír decir á un chuparrosa, después de libar el néctar de una flor: — salgo de la cantina.

Por cierto que sería curioso asunto para un estudio literario comparar á los diversos poetas que han celebrado el jugo de las vides. Para Anacreón, por ejemplo, era el vino un esclavo que lo coronaba de flores y disponía, para entretenerlo, la danza de las ninfas; para los vates románticos, era el Ganimedes que escanciaba el olvido; para muchos poetas modernos, como Edgard Pöe, como Baudelaire, Rollinat, como muchos otros, es el amo tiránico el que nos postra en tierra, el que nos hinca la rodilla en el pecho, el que nos envilece; el que nos azota, el que seguimos á pesar de todo, como la mujer perdida sigue al amante brutal que la golpea. ¡Qué diferencia entre el risueño Dionysos de Anacreón y la terrible Hada Verde! «El Baco cantado por Anacreón — dice un buen crítico, — no es la poderosa deidad cuyos vapores producían los furiosos extremos y el frenesí de las orgías, sino el amable Lieo, disipador de penas y desarrugador de ceños, compatible con las musas, enemigo de estruendo y de gritería, y amigo de la buena sociedad, con cuyos atractivos, más bien que con el zumo de la vid, da alivio y esparcimiento al corazón.»

La poesía de Anacreón — poeta predilecto de Fernández Granados, — es toda gracia. Pasa volando á flor de sentimiento, como el pájaro á flor de agua, y si por acaso zabelle descuidada la extremidad de sus plumas en las ondas, sacúdelas en el acto, dejando caer brillantes perlas que irisa el sol un breve instante. Pero esta poesía, por excelencia superficial, es por excelencia amable. No se resiste á su hechizo, y se encanta uno al verla travesear, sana y alegre y bella y bulliciosa, como se encanta mirando corretear á un niño

hermoso. Tiene muy grande parecido esta poesía con el Euforión del «Fausto,» con aquella criatura casi hecha de aire. Después de saborearla, hay que exclamar con el comentador de la colección anacreónica de Parma: «Almas sublimes, discípulos de Apolo, que desde Alemán habéis suscitado, cultivado y difundido en toda Grecia la poesía lírica, ¿hay, por ventura, vate alguno que en ingenuidad y candor y dulzura métrica, haya podido vencer al cantor Teyo?»

Hace bien el Sr. Fernández Granados en admirar á este poeta; en cazar mariposas, en beber vino en pétalos de flores y purpúreos labios, á condición de que luego, él, que puede volar muy alto, deje á Anacreón dormido, para ir á conversar con Virgilio ó con otro de los poetas magnos. Yo le encarezco, sobre todo, que no caiga en el amaneramiento de los empalagosos imitadores españoles de Anacreón. Lea á Anacreón, lea á Ilyco, lea á Stericore, á Erina, á Alceo, mientras le dure el amor á esa musa alada y voluptuosa, pero no lea ¡por Dios! á Meléndez ni á Arriaza, ni á ningún dulcero del Parnaso! Entre la poesía de aquéllos y la de éstos, hay la misma diferencia que entre besar y besuquear.

Venturosamente el Sr. Fernández Granados tiene excelentes aptitudes de artista, y buen gusto. Ya lo llame Teócrito; ya lo solicite Ovidio; y él irá. En el romance *El Baño*, aparecen de resalte sus muy notables cualidades de poeta descriptivo. Esta composición, *El Vino de Lesbos* y *El Brindis*, son, á mi juicio, las mejores del libro. Andando el tiempo—no ha de cansarse mucho,—nos dará el Sr. Granados otras «Sinfonías de los veinte años»—como las de Arsénio Houssaye.

Los *Mirtos* revelan que su autor es joven y es poeta y es dichoso. Merece serlo.



DESPUES DE LEER.

AL SR. D. BERNABÉ BRAVO.

Usted y yo—digan otros que por desgracia, digo yo que por dicha,—somos de los más aficionados á leer cuanto nos cae á las manos; y aunque ya la experiencia nos ha vuelto cautos y vemos con recelo un libro de autor flamante, sobre todo, si lo han encaramado los periodistas á las nubes, á pesar de ello no es raro que caigamos en una novela vulgar, en un haz de articulejos ramplones, ó en una sarta de versos chabacanos, gastando en la lectura de esas sandeces, tiempo que nos estaría mejor empleado en otra cosa. En tales casos, amigo mío, es cuando siento más el ahinco de compartir mi indignación con alguien, y decir á ese otro yo, comulgante conmigo en opiniones:—¡Habrás usted visto qué pedazo de atún es el mamarracho que escribió este libro!

Cuando la buena suerte me depara una obra bien pensada, bien escrita, de esas que son como día domingo, día de asueto y de recreo para mi imaginación ansiosa de salir á pasear por esos mundos; cuando leo alguno de esos libros que nos huelen á flores, que nos saben á frutas, que nos hacen llorar ó nos hacen reír, y de los que, llorosos ó risueños, nos enamoramos, agítame también la imperiosa necesidad de llamar á alguien que me entienda para darle una parte de este goce que me llena el alma. . . . porque comer uno solo y leer para sí nada más, no es disfrutar de la comida ni de la lectura, sino por modo tan substancialmente egoísta y tonto, que repugna. Siento, cuando percibo ó hallo alguna belleza literaria, vehementí-

simos impulsos de atajar al primero que pase por la calle y de gritarle, como si buena nueva fuera á darle:—¡Hombre de Dios, no sea usted sándio ó cegatón! Párese un rato, y vea qué cosa tan linda tengo aquí en la mano. ¡De esto no se ve todos los días . . . mírela, amigo!

Pero no todos me entenderían, porque no todos participan de mis aficiones y gustos: usted sí, porque tiene muy culta y privilegiada inteligencia y porque sabe saborear lo bueno. . . . y eche de ver que, al alabarle, de rechazo viéneme el elogio, por lo que no merezco gratitud de usted. Para que no frunza el ceño algún Catón y de fatuo me apode, diré con mayor claridad y más modestia: no sé si lo que me gusta es bueno ó malo; pero sí sé que ha de gustarle á usted. En suma, que somos lobos de la misma camada.

Por eso me ha salido usted, que ni hecho de encargo, para confidente, y he de indilgarle siempre que vagar tenga para ello, no pocas cartas literarias, hablándole en ellas, no de los libros que estudie, pues los tales, por lo mismo que me leccionan y doctrinan, son superiores á mí, y bríos y audacia necesitaría para juzgarles, sino de las obras que leo por pasatiempo, ya metido entre sábanas ó en los días de fiesta. Ahora, y para empezar con estrella propicia, hablaremos, si á usted le place, de una dama, de mi Señora Doña Emilia Pardo de Bazán, noveladora insigne, de la cual, si no hubiese Valeras en el mundo, diría que es, hoy por hoy, quien con más gracia y donosura escribe el castellano.

No hago memoria de cómo se llamaba el escritor que dió comienzo á uno de sus artículos diciendo: «¡Ha mucho tiempo que deseaba escribir algo con este título!» Pues bien, á mí me ocurre en este instante algo muy parecido: tiempo ha que deseaba escribir algo respecto á la Sra. Pardo de Bazán. Recuerdo que cuando leí su primer libro (ó uno de los primeros), el «Viaje de Novios», lo envié en el acto, apenas doblada la última hoja, á Jorge Hammeken—un confidente ¡ay! que he perdido para siempre!—¡Aquél sí que era un artista! De su casa á la mía iban y venían los libros, como ramilletes de flores, como cestillos con fresas. ¡Y qué gusto nos daba darle gusto á nuestra caprichosa fantasía! ¡Y qué juicios críticos tan buenos hablaba aquél pobre Jorge, que era impiámente perezoso para escribir. ¡Trascendían á café riquísimo aquellos juicios críticos hablados!

Leía él, más á su sabor, más á sus anchas, en los interminables baños tibios que tomaba con pernicioso frecuencia. De resultas de

esos baños, muchos de mis libros tienen las pastas manchadas ó descoloridas por el agua. Y en cada baño, es decir, cada día casi, devoraba un tomo entero. Era un artista ávido: lo que hoy llaman un *inquieto*. Amaba todo lo bello y. . . . *C'est ça que l'a tué!*

Con el libro de la Señora Pardo de Bazán le enviaba yo otra obrilla nueva, una joya deslumbradora, el «Pescador de Islandia», novela, ó sinfonía de Pierre Lotí; y en la esquila que acompañaba á los dos breves volúmenes decía á Jorge: «He descubierto un pescador de perlas que ha escrito un admirable «Pescador de Islandia»; y he hallado algo más extraordinario todavía: he hallado á una española que, á pesar de ser ó aparecer carlista, tiene muchísimo talento! Te mando su «Viaje de Novios.» Hazlo. . . digo, leelo.»

Después leímos y paladeamos otras obras de Pierre Lotí.

A la Señora Pardo de Bazán yo la he leído.

Y no me desdigo, tiene muchísimo talento!

En otra carta, amigo mio, diré á vd. extensamente todo lo bueno que pienso de la Sra. Pardo de Bazán; la coyuntura que atrapo hoy para que charlemos de tan discreta dama no es propicia. Para enaltecer debidamente á esa señora he menester considerarla en su calidad de novelista, porque eso es, y como la escrito ya muchas novelas, y como el examen de estas me cogería tiempo de que no dispongo este sábado, limítome á hablar de la reciente colección de artículos que ha publicado, bajo el rótulo, algún tanto importuno, de «Al pie de la Torre Eiffel;» y dije, y dicho queda, que algún tanto importuno, porque barrunto, ó mejor dicho, creo que lo que menos preocupó en París á la autora, fué la célebre y manocada torre Eiffel. Advierto á vd. al pasar, que no aquilate mi devolución á la Señora Pardo (apunté ya que la Señora Pardo es santa de mi devoción), por lo que hoy diga de ella. Este su último libro es una visita de confianza que hace ella á sus lectores, y valido yo de esa misma confianza con que se nos trata, me permitiré algunas franquezas.

Por comienzo, soltaré una barbaridad que es muy mía, que bien quisiera detener en la perrera, pero que ya está rompiendo la cadena: ¡á mí no me agrada que la Señora Pardo escriba para los periódicos! Detesto esos papeles; si yo fuera gobierno fundaría un asilo de periodistas arrepentidos, para meterlos á buen vivir; y cuando encuentro á un hombre de talento escribiendo boletines ó crónicas, ó gacetillas, me apena ser pobre y estar, por ende, en la imposibili-

dad absoluta de decirle: Sálgase de ese humoso café que se llama el periodismo. ¡Yo le daré para que ponga casa, ó lo que vale tanto para que haga un libro!

El último libro de la Señora Pardo de Bazán es una colección de artículos escritos en París para no sé que periódico de España ó Sur América. Reséntense esas crónicas, no obstante el talento y el ingenio de la autora, de la premura y poca reflexión con que han de escribirse las correspondencias de ese género. Y que escribamos así los periodistas de oficio, los que no podemos ser otra cosa, los que nos jactamos—¡y me cae en gracia la jactancia!—de escribir al correr de la pluma, bien está; pero ¡la Señora Pardo no, es artista, verdadera artista. . . . ! ¡No, no está bueno eso!

Tiene, además, esa literatura menuda, el grave inconveniente de que en ella por fuerza y con superabundancia aparece el yo maldito, que en la novela puede zambullirse, ó cuando menos recatarse. Y este yo es el yo de solemnidad, el yo de gran parada, el yo en la calle. Así, por ejemplo, en la obra de que trato, la Señora Pardo de Bazán me da el disgusto de presentármese con mantilla española y libro de misa. Leo alguna de sus novelas y me olvido ó me desentiendo de que es mujer; pero leyendo este libro, no, no puedo! Y no ha de ser la Señora Pardo de Bazán como se pinta; es decir, no ha de tener su fisonomía todos los rasgos que luce ese retrato por ella misma dibujado; éste es el de la Señora Pardo en traje de visita, pero no en traje de casa. Está en público, recibe, quiere complacer á sus amigos, tiene de ajustarse ciertas cortapisas y artificiosos cánones sociales, disfraza ó disimula su verdadero pensamiento para no herir susceptibilidades y preocupaciones ajenas, miente, en suma, como toda persona de buena sociedad y de buen tono. De otro modo, ¿cómo había de incurrir en la vulgaridad de hablarnos á las veces mal de Francia, porque los franceses hicieron en España, y allá por los tiempos del Rey que rabió, no sé cuántas perrerías? Amí me carga eso de que se traiga á cuento sin ton ni son, la batalla de Roncevalles y la de San Quintín y la de Pavía y lo de Zaragoza y lo de Gerona, etc., etc! Y cuando la Señora Pardo lo hace para agrado de ciertos patrioterros, me parece que la veo de mantilla. . . . y no me gusta.

Tampoco me conformo con que le inspire tanto horror la revolución de ochenta y nueve en Francia. Es demasiado artista para eso. Y ya lo ha visto; predijo en su primera carta que la Exposición

fracasaría, en cierta manera, parte por tratarse de un centenario abominable, y parte por lo que decían de que si Alemania. . . . y que si Australia. . . . y que si Italia. . . . y que las testas coronadas. . . . y la Exposición tuvo un buen éxito mayúsculo! Dan ganas de decirle á Doña Emilia:—¿Ya lo vé usted, señora. . . ? ¿Ya lo vé usted. . . ?

Tampoco apechugo con el afianzado tradicionalismo de que alardea, cuando se ofrece, ó mejor, cuando lo ofrece esta eximia escritora. Búrlase ella con mucha gracia y songa, del misticismo de D. Juan Valera, á quien supone, como lo supongo yo, muy volteriano. Pues bien, antojásemse á mí que el misticismo de la Señora Pardo corre parejas con el de ese supradicho D. Juan, que vale lo menos dos. Sólo que á la Señora Pardo la creo capaz de apostatar, si le urgen; y á Valera no. Ese gran socarrón morirá de cristiano rancio, y por supuesto, se irá al infierno.

Cuando habla la Señora Pardo de su ferviente religiosidad, daría algo por preguntarle: Señora mía, ¿usted va á misa para que sus amigas la vean y para entrar, al paso, á algunas tiendas, ó para asistir devotamente al santo sacrificio? ¿Lleva usted en la mano ese devocionario porque va al templo, ó para que conjeturen los demás que al templo va?

Las crónicas de la Señora Pardo tienen además otro defecto. Cuando ella escribe novelas, habla de lo que sabe, saca de sí algo muy bello. Convertida en cronista tiene que hablar de todo lo que ve, aunque no sepa á punto fijo lo que es. Así es que, se pone á platicar de música y dice herejías de la música francesa. . . porque no la ha oído bien, porque no la conoce y porque necesitaba llenar planillas y planillas de papel. Trata de pintura refiriéndose á la exposición española, y precisamente el cuadro que á ella le pareció malo, *la visita al Hospital*, de Luis Jiménez, fué el que obtuvo el primer premio, en fin de cuentas. Admito con ella que había en la Exposición lienzos mejores de artistas hispanos; creo que hacen bien los españoles en dedicarse á la pintura histórica ó de capa y espada, porque de España es el pasado lo mejor; pero también convido en que á los franceses ha de reventarles tanto chambergo, tanto Felipe II, tanto Rey Monje, tanto moro; y no me explico como á Doña Emilia, que tan bien cultiva la novela moderna, pudo escapársele ó escabullírsele la belleza que encierra el cuadro *la Visita al Hospital*.

Para que no se digan esas cosas de la Señora Pardo, no quiero que haga crónicas de oficio. ¿Para qué, *verbi gratia*, en una de ellas, las da y las toma con Augusto Comte? ¿No, señora, si nosotros no hemos nacido para eso. . . si no entendemos cosa de filosofía, ni nos cae en gracia la economía política! ¡Por Dios, señora, al arte, al arte! En ello sí es vd. maestra. Y sin embargo, ahora que he leído su último libro, descubro en vd. un pequeñísimo defecto: siempre resulta que vd. es mujer! Ya lo tenía olvidado y ahora lo recuerdo. Por ser mujer ha de admirar vd. tanto á los Goncourt. ¡Claro que yo también admiro á esos dos gemelos inseparables de la literatura francesa! Daría. . . no se qué. . . por escribir como ellos, aunque sólo fuese para obtener la dicha de que vd. tradujera al español alguna de las obras que yo escribo en ese idioma mío, como va á traducir *Los Hermanos Zemmganno*. Pero vamos á cuentas: á vd. le gustan tanto, porque á las mujeres les halagan muchísimo los encajes, las plumas, las piedras preciosas, los cachivaches de porcelana. . . y en los Goncourt hay de todo eso. Deslumbran; hay que decir de ellos lo que decía Lamartine de Alfredo de Musset: «para leerlo, tengo que ponerme anteojos azules.» Sus libros son mosaicos preciosísimos, obtenidos á fuerza de incesante labor, y que recrean los ojos y el espíritu. Pero ¿no cree vd. que ese su arte es muy mucho artificioso? ¿no cree vd. que esos maestros mosaístas no son los maestros de la novela contemporánea? ¿No atisba vd. algo de afeminamiento en el tocado y atavío de su estilo? ¿No le satisface más un buen Renán?

Le agradan tanto porque vd. es mujer y porque ellos son bonitos, así como también le simpatiza Barbey d'Aurevilly, porque á las mujeres les gustan los hombres elegantes. Pero hay otros autores á quienes vd. conoce mejor que yo, y á quienes en el fondo—exámínesse bien—admira más.

* * *

Y ahora caigo, Sr. D. Bernabé, en que he cometido una imperdonable cortesía: estaba hablando con vd. y sin pedirle venia, me puse á hablar con la Señora Pardo. Para conseguir la remisión de mi culpa, le envío el libro de que hablamos. Léalo, que á pesar de los breves separos que le he puesto, tiene páginas bellísimas, encantadoras algunas. . . como de quien son. Por de contado que, con su

lectura, no se formará vd. exacta cuenta de lo que fué aquel gran certamen parisiense. ¡Imagínese que Doña Emilia vió en el pabellón nuestro los trajes de los *gauchos* mexicanos! ¡Si serían trajes de rurales. . . !

Pero si no verá vd. en esa página la Exposición, verá en cambio cosas que acaso valgan algo más. . . como Zolá y Daudet, por ejemplo. Y sobre todo, verá mucho talento.

Ya diré á vd. en otra carta muchísimo más bueno de la insigne escritora á quien hoy me he permitido dar un golpecito en el hombro torneado, con su propio abanico; pero no será en la próxima, porque en esa quiero decirle algunas majaderías á otro hombre—¡y dale con pensar que Doña Emilia es hombre!—á otro hombre de gran talento. . . para decirlo de una vez, de genio: á D. Benito Pérez Galdós.



DESPUES DE LEER.

AL SR. D. BERNABÉ BRAVO.

Si la Señora Pardo de Bazán es como tengo dicho á usted, amigo mío, santa de mi devoción, D. Benito Pérez Galdós es en el templo ó capillita de mi culto literario, algo así como San Agustín, como un gran padre de la Iglesia. Escribirá más pulcra y lindamente D. José María Pereda, sabrá—y en efecto sabe incomparablemente más D. Juan Valera;—pero en amplitud de miras, en profundidad de observación, en vuelo, en arranque, en variedad de asuntos, en franqueza para tratarlos, en audacia para encararse con los más arduos y trascendentes problemas de la vida, nadie supera á Galdós entre los novelistas españoles. No; este es el que *hace más grande*; el que tiene más fuerzas y mayores bríos. «Gloria» y la «Familia de León Rock» son, á mi juicio, novelas admirables, «Marianela» es una joya primorosa, la más bella que ha hecho su autor. Y todos los cuadritos que componen los «Episodios Nacionales,» particularmente los de la primera serie, son obras acabadas que en conjunto forman un salón completo de pinturas. Allí hay lienzos de batallas como los de Neuville y Detaille; cuadros de género como los de Meissonnier ó Madrazo; figuras de Goya, tipos de Fortuny hay, en resumen, mucho bueno y mucho bello.

Pero este Sr. D. Benito, amigo Bravo ha dado en escribir mucho. Creo quiere emular á Doña María del Pilar Sinués de Marco, quien, según leo ahora mismo en un periódico, lleva escritos ciento once tomos de novelas. A muchos de ellos los conozco de vista, pero

no los saludo. Sé que son honrados; que les puede uno fiar oro en polvo, pero como no he tenido necesidad de nuevo portero ó de nueva cocinera, no me he visto en el caso de trabar con ellos amistades.

Y ha dado en otra cosa peor este truhán de D. Benito: ha dado en que es el Zolá español. Y no: es el Pérez Galdós de España; es muy él, vive de sus rentas y no tiene necesidad de pedirle prestado nada á nadie.

¡A cuántos ha perdido, sobre todo en América, el aspirar á que cualquier majadero diga señalándolos:—este es el Víctor Hugo de México,—ó—aquél es el Víctor Hugo de Buenos Aires!—Cuando veo esto, siento impulsos de decir á esos señores:—¿Cómo han de ser ustedes Víctor Hugo, si Víctor Hugo no hay más que uno y no alquila ni está vacante su apellido?

La familia postiza de Becquer trajo revuelto al parnaso por no pocos años.—¡Quiero ser Becquer!—Pero ¿qué significa eso, hombre de Dios? ¿Cómo ha de ser usted Becquer si su papá se llama Pérez?

Y también al Sr. Pérez Galdós se le ha metido entre ceja y ceja el propósito de cometer este parricidio moral: quiere haber sido hijo del padre de Zolá. Cate usted que en consecuencia, se pone á escribir novelas sin asunto; á contar los botones que usa cada personaje en el gabán; á servir carne cruda á sus comensales, porque esa carne según los cocineros naturalistas, es la más sabrosa y la más sana! . . . ¡y se sale de las obras últimas del Sr. Pérez Galdós con aburrimiento, con hastío y con algo de náuseas!

Dejar la casa en que él es amo y manda, para meterse de rondón en la ajena y vivir de parásito, es locura que no perdono á tan esclarecido literato.

Tres libros ha publicado recientemente el Sr. Pérez Galdós: *Torquemada en la hoguera*, *Incógnita* y *Realidad*.

«Torquemada en la hoguera» es un bonito estudio, si bien la figura del protagonista está, á mi ver, un tanto exagerada. Torquemada es un usurero desalmado . . . con decir usurero, todo está dicho. Pero Torquemada es padre, tiene un hijo . . . Dios á veces se descuida y les manda hijos á los usureros. Este hijo se enferma, está muriéndose, y como á Torquemada lo acusa su conciencia de pecados muy gordos, como sabe que no ha tenido piedad de otros padres desgraciados que le pedían unos cuantos ochavos para llevar pan y luz y medicina al niño enfermo; como todo esto que la

conciencia le dice muy quedito, se lo repite á voz en cuello el alma de la pobre criatura, Torquemada se conmueve, deja de ser usurero por algunas horas para ser de veras padre, y sale resuelto á la calle á prestar dinero, ya no al veinte por ciento sino al diez, y á decirles á sus deudores que todavía no le paguen, que él no les cobra con urgencia; y se desespera cuando no encuentra á quien prestar . . . y hasta da . . . y vuelve á casa más tranquilo, satisfecho de sí mismo, convencido de que es caritativo, de que es bueno, de que Dios no tiene por qué castigarlo, de que ya hizo con él las paces, mediante algunos regalitos, y de que, por consiguiente, va á encontrarse al muchacho ya aliviado.

Todo esto es de un cómico trágico de muy buena ley. Recuerda en pequeño, en pintura de género, lo que es en la gran pintura, en la sublime, el Triboulet de Víctor Hugo, ese bufón malvado de alma, y deforme de cuerpo que hace llorar y hasta parece hermoso y bueno cuando le roban y le deshonran y le matan á la hija. Y recuerda también al usurero inmortal, á aquél judío descastado de Venecia, al pobre Shilock de Shakespeare, á quien de grado perdonamos sus raterías y sus ruindades porque tiene una hija, y porque la ama y y porque en ella lo castiga el cielo.

El hijo de Torquemada se muere, porque á Dios no se le subvenciona fácilmente, ni se le contenta con pagarle en un día algunos rezagos . . . y Torquemada sigue achicharrando gente.

Repito que agrada mucho este cuadrito, á pesar de que á veces declina en caricaturesco, y que es de Pérez Galdós, del bueno, del de España.

Pero, ¡las otras dos novelas, Sr. Bravo . . . ! Ahora comprendo que quiero mucho al Sr. Pérez Galdós puesto que tuve valor para leerlas. Yo me decía: este malicioso va á terminar la *Incógnita* diciendo: ¿Ya ven ustedes como los hombres de talento sabemos hacer todo, hasta sandeces? Pues yo les he hecho á ustedes este marracho para que no lo imiten; para que vean qué falsas y qué tediosas y qué inaguantables son las malas novelas naturalistas.

Además—agrega mi colesito,—en donde menos piense saltará el talento del Sr. Pérez Galdós. Se olvidará el autor que está vestido de lobo, y nos dirá algo ingenioso, algo bello, algo profundo . . .

¡Y nada . . . ! ¡Que en la *Incógnita*! el único que está de incógnito, y riguroso, es el talento del Sr. Pérez Galdós!

Porque la *Incógnita*, la heroína, la Augusta, esa sí no está de in-

cógnita. Yo le ví desde luego cara de pérdida. Su primo el enamorado platónico de ella, el que le escribió á Pérez Galdós las cartas que componen el libro, tampoco está de incógnito; es un tonto! Tonto santo, tonto rico, ¡pero tonto! Y ¡vamos! que como todos son tontos en la novela del Sr. Pérez Galdós, y como Pérez Galdós ha dado en ser naturalista, para lograr que resultara copia exacta de la realidad la escribió en tonto.

Pero no paran en la última hoja de la *Incógnita* las malandanzas del lector. Yo imaginé que D. Benito iba á decirnos para remate de su libro:—¿Ya leyeron ustedes todas las cartas de este alma de Dios, ó de este alma de cántaro? ¿Ya hicieron sus conjeturas? ¿Sí? ¡Pues son ciertas! Esa señora se la pegaba á su marido con ese truhán, tramposo y tunantísimo que, amén de todo, era también valiente majadero en no aceptar dinero del marido burlado, y sí de la mujer pública que lo mantenía, porque si es pillo, lo mejor es ser pillo completo, de una pieza! Todo era cierto; se descubrió el enredo, y el amante que estaba comido de deudas, y algo loco, á consecuencia de las continuas noches en vela que pasaba en la timba, se mató.»

Yo creí que con esto nos iba á dejar en paz Pérez Galdós. Pero no: A fuerza de tratar á tanto tonto en su novela, supuso que también eran bobos los lectores. Y terminó su libro citándonos para otro, para la continuación de la *Incógnita*, para la que había de darnos la clave del enigma, para *Realidad*.

¡Y apechugó con *Realidad*! Aquí—me pensé,—va á asomar la oreja, es decir, el talento, este gran socarrón. Va á decirnos: he aquí cómo he engañado á ustedes y burládome de todos. ¿Pensaron que esta señora era una pérdida; que este jugador mantenido por una prostituta, era mala persona; que este santo varón consentía los deslices de su esposa. . . . Pues pasen adentro, y les demostraré que la señora es un ángel, que el tahúr es excelente sujeto, que el santo varón es muy listo y que yo soy Pérez Galdós!—¡Esperanzas frustradas! «*Realidad*» es peor. . . . Quiero decir, es lo mismo, exactamente lo mismo; pero es más larga y está escrita más mal.

La compuso el autor en forma de drama dividido en cinco interminables jornadas, y ¡qué jornadas! Dejan quebrantado el cuerpo y molidos los huesos, como las jornadas en diligencia.

Y en *Realidad* no sólo imita Pérez Galdós á Zolá, sino también á Echegaray, que es otro de los extranjeros perniciosos para cualquier literato. Sólo que en donde Echegaray pone grifos, endriagos,

hipogrifos y leones, Pérez Galdós pone sapos y culebras. Porque ¡qué bocas tienen los personajes de *Realidad*! Qué ¡así habla en Madrid la gente decente, Sr. Pérez Galdós? Porque entiéndase que estamos entre ministros, exministros, diputados, senadores, ricos hombres, condesas y marquesas. Y entre esas personas se entablan diálogos, sobre poco más ó menos como este:

—«Condesa, ¡qué gachona está usted!»—Y usted perdiz, qué resalao!

Y nada cuento ¡Dios me libre! de lo que á solas se dicen la tal Augusta y su amante. Qué, ¿de veras, así hablan las grandes damas de Madrid?

Y este lenguaje es lo único nuevo que hay en *Realidad*. Porque lo demás ya lo sabemos. Pensó el autor que éramos sordos ó tardos de entendimiento, y como tenía mucho empeño en que supiéramos la desgracia doméstica que le ocurrió al santo varón, nos la puso en fábula y en refrán. Primero la leemos y luego la oímos; primero en cartas, luego en diálogos. ¡Y todavía tengo miedo de que el Sr. Pérez Galdós se proponga contarnos la misma cosa de otro modo!

Hay algo nuevo, sin embago—y borro lo que antes escribí,— en *Realidad*. Comprendíamos que el marido D. Tomás, el varón santo, era muy tonto; pero no presumimos nunca, que lo era en grado tal. Porque D. Tomás, cuando se cerciora del percance, cuando no le cabe ya duda de lo que ha pasado, no se encoleriza, no se indigna; nada más tiene un capricho. . . . que su mujer, en confianza, le refiera los detalles. No se contenta con ser tan desgraciado! quiere que se lo digan. Y en premio de esa confidencia, con tal de satisfacer su justa y legítima curiosidad, ofrece el perdón más amplio á su señora. Pero ella no quiere. . . . se ruboriza. . . . en fin, que no habla.

Y D. Tomás no perdona. . . . pero se sigue haciendo el tonto. . . y se resigna.

Esto sí es nuevo; creíamos algo menos indigno á D. Tomás!

El único personaje bien trazado y de hermoso colorido que hay en la novela de Galdós, es la prostituta de buen alma, salida del pueblo y que se deja explotar por los tunantes que le caen en gracia. Es un bonito cromo.

Pero de todas suertes, exclamo para concluir, Sr. D. Bernabé:— ¡Pérez Galdós, devuélveme mi tiempo!